

# Estados autistas en pacientes adultos<sup>1</sup>

María Elena Sammartino Rovirosa

## Resumen

*Los descubrimientos procedentes de la clínica con niños autistas han permitido detectar y describir mecanismos de protección contra la emergencia de traumas infantiles precoces, consistentes en la producción de estados de aturdimiento, desconexión y congelamiento de la vida psíquica a través de la repetición estereotipada y vertiginosa de alguna actividad.*

*Los traumas precoces son vivencias tempranas de desamparo que no logran convertirse en algo psíquico e incorporarse a la trama de representaciones gobernadas por el deseo inconsciente, debido a su intensidad o a su emergencia en etapas preverbales.*

*La fractura en la cadena representacional afecta a la resignificación, imprescindible en la elaboración psíquica y en la transformación del objeto primario percibido en un objeto representado intrapsíquicamente, marcado por la fantasía.*

*La reaparición traumática de la pérdida o la separación no encuentra el objeto en el mundo representacional, y el sujeto queda expuesto a la violencia desorganizadora de los afectos que genera la reviviscencia del desamparo (disolución, evaporación, esparcimiento). El monto excesivo de excitación no puede ser ligado por el trabajo de pensamiento y se buscan vías de descarga y apaciguamiento a través de conductas repetitivas sensorio-motoras que, a diferencia de los recursos autoeróticos, no producen satisfacción ni retienen fantasmáticamente la relación objetal.*

Construir metáforas, establecer símiles y analogías enriquece el universo simbólico del pensamiento psicoanalítico y genera comprensión al sensibilizar la mirada, la escucha y la reflexión en torno a un área de la actividad psíquica que hasta entonces carecía de contornos propios. Este fenómeno ha venido ocurriendo en las últimas décadas en distintas latitudes y desde encuadres teóricos diversos dentro del área de los

descubrimientos propiciados por el incremento de la clínica con niños autistas que ha facilitado la detección de corrientes psíquicas muy arcaicas en pacientes adultos con patologías no psicóticas (Tustin, 1992; Meltzer, 1979; Maldavsky, 1995; Ribas, 1993).

La lectura de estos autores me ha permitido una mayor comprensión y mejor abordaje del caparazón que aísla activamente al niño autista de su entorno y la detección de núcleos autistas en pacientes adultos borderlines. Sobre ello, he realizado recientemente algunos trabajos (1998 y 1999) a partir de los cuales quisiera seguir reflexionando, haciendo hincapié en un aspecto: la producción de estados autistas en pacientes no-psicóticos como protección contra la emergencia de traumas infantiles precoces.

Los *estados autistas* se caracterizan por el aturdimiento, la desconexión del entorno simbólico y el congelamiento de la vida psíquica. Queda anulada la capacidad de reflexión elaborativa y la conciencia de las emociones tanto placenteras como dolorosas. El aparato psíquico sufre una descomplejización y construye una nueva trama, que sostiene el estado autista, tejida con las hebras que provee el mundo de las sensaciones. La percepción, la aceleración motriz y la repetición son sus instrumentos principales.

El niño autista queda alelado en la contemplación infinita de una fuente de luz, de un metal que brilla, del marco de una puerta. Se sumerge mágicamente en un estado hipnótico a través de la observación de su dedo índice que se mueve sin cesar a pocos centímetros de sus ojos o de una hélice que hace girar y girar sin más sentido. Queda muchas veces aislado en su mundo autosensorial balanceando su cuerpo hacia adelante y hacia atrás con violencia recurrente, o cantando una y otra vez el estribillo de una canción con tal persistencia y monotonía que todo en su entorno parece suspendido. Anclado en la autosensorialidad o conectado con un objeto asimbólico, el autista construye un caparazón que excluye a los otros tanto como a sus propios sentimientos.

Un caparazón de esta índole es el que construía Paloma, una joven paciente borderline, a la que ya me he referido en otro trabajo (2000), a través del uso aberrante no comunicativo del lenguaje. Ella hablaba incesantemente en las sesiones haciendo uso de un amplio bagaje cultural que hilaba en sintagmas coherentes, de apariencia hondamente reflexiva, que resultaron ser una cobertura autosensorial basada en la equiparación de imágenes, sonidos y palabras, a través de la cual me excluía.

Junto a los fenómenos de retracción narcisista que en ella se daban, se pudo detectar una corriente arcaica que utilizaba defensas autistas como medida de protección frente a la emergencia de núcleos traumáticos precoces carentes de representación, relativos a la pérdida o separación del objeto primario. Las vivencias de Paloma a lo largo de su primer año de vida fueron difíciles. Su padre era un hombre culto y afectuoso, de una cierta exhuberancia maníaca, que durante ese año se encontraba ocupando un importante puesto de trabajo en otro país. Su madre, una mujer con marcados rasgos depresivos y tendencia periódica a la melancolía, parecía haberse ocupado de Paloma un tanto mecánicamente, con mucha distancia afectiva y poco placer en el contacto.

Con el retorno del padre, la madre quedó apartada de Paloma ya que él se ocupó con gusto de las tareas maternas a la vez que introducía a la niña desde muy pronto en el mundo de la cultura a través de su verbo brillante y exaltado que vino a ocupar la mente de Paloma —mente invadida y colonizada— que aún no había conseguido consolidar un contorno yoico sostenido por una representación materna consistente.

La madre era una gran ausente en su historia y en sus recuerdos, sólo conseguía localizar una imagen de ella llorando en algún rincón de la casa.

A lo largo de los primeros años de análisis, Paloma retenía mi imagen o mi voz, durante las ausencias, de forma cuasi alucinatoria, como una posesión personal concreta que podía controlar y reproducir en la figura de otros personajes con los que se encontraba. En las sesiones, yo permanecía excluida como un otro diferente de ella. Su mundo se mantenía en una inerte mismidad a través de distintos recursos tales como la repetición constante e invariable de ciertos temas de orden ideológico o político (la guerra civil, el comunismo) o de hechos de la historia pasada o reciente (la muerte de Mahatma Gandhi).

Una Semana Santa en la que no tenía sesión, sus frágiles recursos narcisistas no pudieron contener la

reemergencia, la reactualización desorganizadora de vivencias de abandono infantil y recurrió a sus defensas más radicales, nada infrecuentes: la más absoluta desconexión de sus emociones a través de actividades repetitivas compulsivas que lograron evitar el caos. En esa oportunidad, Paloma eludió cualquier sentimiento de soledad y abandonó concurrendo dos veces por día a ver la misma película sobre las circunstancias que rodearon la muerte de Gandhi y leyendo repetidamente dos voluminosos libros sobre el tema. Las reflexiones que otras veces solía realizar fueron reemplazadas por una actividad compulsiva y frenética que ocupó todo su tiempo. El efecto es análogo al que se provocan los niños autistas cuando pasan horas balanceándose: se construye una neorealidad sensorial que tiene una función hipnótica y que expulsa tanto el carácter simbólico del mundo exterior como el contacto con las propias emociones.

Con frecuencia, Paloma recurre a otros mecanismos para generar sus estados autistas. Tiempo atrás conectó en la sesión de primera hora de la mañana con un sentimiento conmovedor ligado a una percepción de existencia propia hasta entonces desconocida y altamente peligrosa. Al llegar a la sesión de la noche parecía un ser perdido y silencioso, como anonadado y fuera del tiempo. Al interrogarla, supe que había pasado todo el día recorriendo la costa, embelesada con el brillo del sol en el mar, la vida mental parecía suspendida. La experiencia matinal había desaparecido (desmentida), su único discurso era la sensación y la nada.

Otra paciente, Petra, que había logrado un nivel de resignificación edípica más satisfactorio que Paloma, utilizaba recursos similares para conjurar el terror a la reemergencia de las heridas narcisistas precoces. Habiendo fallecido su madre cuando ella tenía pocos meses, sufrió duras vicisitudes hasta la edad de 4 años. A partir de entonces, ya en un contexto familiar más normalizado, se la recuerda como una niña distante, huraña y de mal carácter.

Petra obtuvo importantes logros en la vida, tanto en el terreno profesional como familiar, pero mantuvo un caparazón aislante que la protegía del contacto con los otros y con sus propias emociones. Los riesgos aterradores de ruptura del caparazón, eran conjurados a través de defensas de tipo autista: Petra se masturbaba compulsivamente sin placer alguno hasta descargar la tensión que generaban los peligros o rearmaba su frágil yo balanceándose, abrazada a ella misma, a gran velocidad, hasta perder todo sentido del tiempo, del espacio o de cualquier emoción. Con frecuencia desencadenaba una actividad desenfrenada, se transformaba en una

tromba que arrasaba todo lo que encontraba a su paso, haciendo y haciendo, trabajando a gran velocidad, sin la menor conciencia de sus propios límites.

Cuando Petra comenzó a confiar tímidamente en la capacidad de otros para sostener su frágil organización narcisista, estableció contactos adhesivos de superficie. A la menor frustración obturaba inmediatamente cualquier angustia a través de sus viejas defensas autistas que la protegían de todo sentimiento de separación y desamparo. Estos sentimientos amenazaban constantemente con reaparecer compulsivamente como en un intento de lograr una ligadura en el aparato psíquico para aquellas vivencias desbordantes y traumáticas acaecidas en la primera infancia.

Paloma y Petra luchaban contra la reemergencia de *traumas infantiles* precoces a través de la producción de estados autistas vehiculizados por la repetición estereotipada de movimientos, conductas o acciones.

Los traumas precoces son vivencias tempranas de desamparo que no logran convertirse en algo psíquico e incorporarse a la trama de representaciones gobernadas por el deseo inconsciente, debido a su intensidad o a su emergencia en etapas preverbales.

La fractura en la cadena representacional afecta a la resignificación, imprescindible en la elaboración psíquica y en la transformación del objeto primario percibido en un objeto representado intrapsíquicamente, marcado por la fantasía.

La reaparición traumática de la pérdida o la separación no encuentra el objeto en el mundo representacional y el sujeto queda expuesto a la violencia desorganizadora de los afectos que genera la reviviscencia del desamparo.

¿Cuál es la cualidad de estos afectos?

Volvamos a Petra. La falta de un objeto en función materna, empática y para-excitante, en etapas muy tempranas, había comprometido su organización narcisística y propiciado una insuficiente resignificación edípica. Los fallos en las primeras inscripciones que debían conjugar en un mismo espacio fusional la pulsionalidad emergente del bebé con el espacio psíquico materno, condicionaron una organización deficiente del mundo representacional y fantasmático que, por consiguiente, carecía de los recursos elaborativos adecuados para conjurar la reaparición desestructurante de las decepciones primarias. La supervivencia quedaba amenazada y las defensas autistas construían barreras que coagulaban la hemorragia de libido narcisista.

Cuando Petra pudo comenzar a reparar en análisis la trama representacional herida, reconstruir vivencias escindidas y movilizar aspectos edípicos, las defensas autistas se fueron perdiendo y en las sesiones pudo tomar contacto con sus angustias inenabables. Sus primeras expresiones vivenciales tuvieron el cuerpo por sede: Petra sentía que no podía mantenerse unida en los límites de una piel continente y que su cuerpo se esparcía como las arenas del desierto movidas por el viento.

Disolverse, esparcirse, evaporarse, caer sin fin: esa es la cualidad de las angustias subyacentes que amenazan no sólo la integridad del yo, sino la supervivencia misma y que buscan —por ello— una inmediata descarga de la excitación.

A diferencia de la angustia-señal que implica una retención de la excitación, una espera que permite la puesta en marcha de la represión, la *angustia de disolución, esparcimiento o evaporación*, desencadena un monto excesivo de excitación que no puede ser ligado por el proceso secundario y que en estos pacientes busca su vía de descarga y apaciguamiento a través de conductas repetitivas sensorio-motoras. Estos recursos *no producen satisfacción ni retienen fantasmáticamente la relación objetal* como lo hacen los recursos autoeróticos. Su objetivo es obturar la herida y preservar la supervivencia al quitar todo sentido a la vivencia actual a través de un vaciamiento del psiquismo que queda desconectado, tanto del objeto externo como de toda emoción.

Para preservar la vida, las defensas autistas ahogan la vida psíquica. El embate de la *pulsión de muerte* que vehiculiza la repetición del trauma temprano desorganiza la frágil trama representacional y desestructura el proceso secundario. El camino regresivo se coagula con una nueva organización, en un nivel muy inferior, que liga la pulsión de muerte pero que a su vez delata la magnitud de su presencia: el psiquismo queda inerte, descargado, sin placer, dedicado sólo a la percepción de una sensación hipnótica que tiene como punto de partida y de llegada el propio cuerpo, sin rodeo al objeto. Con referencia a este último punto, habría que explicitar un matiz que lo relativiza: con frecuencia el análisis de la defensa autista revela un conmovedor intento, siempre fallido, de conexión con un objeto que permita reorganizar el psiquismo. Así, Paloma transformaba en materia petrificada y asimbólica una serie de temas históricos que habían sido objeto de gran interés por parte de su padre, al igual que la afición por el cine, también transformada —en momentos de angustia— en un instrumento del letargo.

Secretamente ella intentaba, a través de esas estériles repeticiones, conectar con un padre continente.

El uso masivo de estos recursos devastadores en los primeros años de la vida arrasan el psiquismo, impedido de cualquier contacto humanizador con el entorno. El niño autista queda encerrado en sus propias sensaciones y en el apego desconectado a un mundo asimbólico, concreto e indiferenciado.

En pacientes no-psicóticos, que han transitado la conflictiva edípica sobre bases narcisísticas muy frágiles, la producción de estados autistas afecta a la zona del psiquismo (Marucco, 1998) regida por la compulsión a la repetición de vivencias traumáticas muy tempranas, incapaces de ligadura por el proceso secundario.

El trabajo psíquico en análisis, y en particular la tarea de dar representación a esas vivencias, promoverán el camino progrediente a lo largo de la primera tópica.

¿Cuál será, entonces, el destino de las defensas autistas?

Algunas, simplemente, se irán perdiendo hasta dejar de ser necesarias para la economía del psiquismo.

En otros casos, puede modificarse el carácter asimbólico, autosensorial y repetitivo de la conducta defensiva para pasar a enriquecer el espacio transicional, en sentido winnicottiano, entre paciente y analista.

Esto fue lo que ocurrió en el caso de Paloma con su compulsión a ocupar la mente con determinadas películas. Paloma recuperó con el transcurrir del tiempo su placer por el cine y el contenido de las películas se transformó en material de sus sesiones, contribuyendo a generar símbolos que se convirtieron en materia de trabajo y comprensión compartida con su analista.

Finalmente, puede suceder que, durante el proceso de elaboración analítica, actividades que se realizaban sin placer, al servicio de la defensa, sean simbolizadas y adquieran entonces características sublimatorias como le ocurrió a Petra, que pudo transformar su compulsión desvitalizante al trabajo, utilizado como descarga, en una fuente de placer y satisfacción compartida con otros.

## Nota

1. Presentado en el Congreso Europeo de Psicoterapia organizado por la FEAP/IFP/EFP en Barcelona, el 7 de septiembre del 2000, en el simposio titulado «Nuevos desafíos en la clínica psicoanalítica de los trastornos del narcisismo» conjuntamente con los trabajos de E. Braier, J. del Río y L. Sales que se incluyen en este mismo número de *Intercanvis*.

## Bibliografía

- AULAGNIER, P., *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires: Amorrortu, 1991
- BOTELLA, C. y S., *Más allá de la representación*, Valencia: Promolibro, 1997
- FREUD, S., (1950 [1895]). *Proyecto de Psicología*, Buenos Aires: Amorrortu, 1982
- (1920). *Más allá del Principio del Placer*, Buenos Aires: Amorrortu, 1979
- (1926) *Inhibición, síntoma y angustia*, Buenos Aires: Amorrortu, 1979
- LAPLANCHE, J., *Vida y muerte en Psicoanálisis*, Buenos Aires: Amorrortu, 1970
- MALDAVSKY, D., *Pesadillas en vigilia*, Buenos Aires: Amorrortu, 1995
- MARUCCO, N., *Cura analítica y transferencia*, Buenos Aires: Amorrortu, 1999
- MELTZER, D., *Exploración del autismo*, Buenos Aires: Paidós, 1979
- RIBAS, D., «Procédés autocalmants, répétitions et autismes précoces». En: *Revue Française de Psychosomatique*, nº 4, 1993.
- SAMMARTINO, M. E., «La representación psíquica de la piel». *Tres al cuarto, Actualidad, Psicoanálisis y Cultura*, nº 7, 1999.
- «Enclaves y refugios autistas». En: *El narcisismo a debate*. Barcelona: Gradiva, 2000.
- SCHKOLNIK, F., «Representación, resignificación y simbolización». En: *Rev. de Psicoanálisis -APA-* nº 6 «Lo representable, lo irrepresentable» 1998-1999.
- SMADJA, C., «A propos des procédés autocalmants du Moi». En: *Revue Française de Psychosomatique*, nº 4, 1993.
- TUSTIN, F., *Estados autísticos en los niños*, Buenos Aires: Paidós, 1981.
- *El cascarón protector en niños y adultos*, Buenos Aires: Paidós, 1992.

**María Elena Sammartino Roviroso**

Putget 81, 4º 2ª

08023 Barcelona

93 211 15 77

deltasam@copc.es